



## LA ENTRADA DE JÓVENES EN LA VIDA RELIGIOSA

*Enzo Bianchi\**



Ante todo, quisiera agradecer al P. Provincial la invitación que me ha hecho. Concierto temor he aceptado. Os hablaré con sencillez y libertad, tratando sobre todo de responder a las cuestiones que se me han planteado. Espero que las respuestas se ajusten a las reflexiones que podríais esperar de mí. Espero no herir a nadie con mis palabras sino que se me escuche como un simple hermano entre vosotros que sois mis hermanos.

*1. ¿Cuál es su análisis de las causas actuales referentes al escaso número de entradas en la vida religiosa en el contexto de nuestra Europa occidental?*

Es difícil responder a esta pregunta: la Avocación@, en efecto, es el acto por el que el Señor llama a hombres y mujeres a su seguimiento y, en particular, a dedicarle la existencia en la vida religiosa. Puesto que se trata de un acto que procede de la libertad del Señor, la vocación conserva una dimensión de misterio que no supera. Pero la palabra de Dios que llama es a la vez una palabra relacional que resuena en la historia, en tiempos y lugares muy precisos, y que reclama la responsabilidad y el compromiso humano. De esta respuesta humana a la palabra divina depende el testimonio de la fe en el mundo, el hecho de que se pueda Acontar@ a Dios a los hombres y mujeres de hoy. La reflexión acerca de la disminución de personas que se comprometen en la vida religiosa en Europa occidental se sitúa dentro de este marco y ahí es donde está su sentido.

El número reducido de vocaciones a la vida religiosa obedece a motivos de diverso tipo. En primer lugar motivos sociológicos: disminución de la natalidad; de hecho es cada vez más raro encontrar familias numerosas ( y diversos estudios nos indican que el número de vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa han salido de familias de muchos hijos); el menor crecimiento de los cristianos (el cristianismo se está convirtiendo en algo minoritario). A nivel económico, el bienestar generalizado ha transformado radicalmente el panorama en relación con los años de la postguerra tiempo de numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas en un contexto de pobreza y penuria. Otros factores han causado cambios significativos en el plano eclesial y de la fe. A nivel cultural, la ruptura con la tradición -Danièle Hervieu-Léger habla de nuestra sociedad como la primera sociedad post-tradicional-

---

\*

\* Intervención de Fr. Enzo Bianchi en una reunión de los jesuitas de Bélgica francófona en mayo de 2007, basada en tres preguntas referentes a la crisis de la vida religiosa en Europa occidental. Publicado en "Nouvelle Revue Théologique", Tomo 129/nº 4, octubre-diciembre 2007, 608-619. Fr. Enzo Bianchi es el fundador de la comunidad de Bose, en el Norte de Italia. Bose es una comunidad monástica de hombres y mujeres provenientes de diversas Iglesias cristianas. Agradecemos la autorización para publicar este artículo.

representa un elemento de primera fila en la crisis de fe y su transmisión, que lleva a una más débil capacidad de influencia de la institución eclesial en la vida de las personas.

La secularización, y quizás hoy la Asecularización de la secularización@, es otra de las causas, con el hecho de una cultura marcada por el nihilismo y una sociedad tecnológica e informática. Todos estos datos han contribuido a alejar el mundo Acristiano@ de una sociedad que, hasta ayer, frecuentemente estaba con ósmosis con la Iglesia. Además el repliegue en las temáticas del bien estar interior y de la autorealización en el seno de lo que podríamos llamar Aculto de sí@, crea las condiciones para buscar una realización terapéutica y una religiosidad sincretista que se construye por sí misma y que encuentra su expresión más en el ANew Age@ que en el Aviejo@ cristianismo.

Esta crisis del cristianismo va a la par evidentemente con la crisis de la vida religiosa. Un buen número de congregaciones religiosas fundadas con una finalidad particular -social, de asistencia, caritativo...-, experimentan ahora que el principio específico que les dio vida se transforma ahora en principio que conduce a la muerte: su presencia se queda sin objeto y resulta anacrónica. Otros factores, que no constituyen un terreno favorable a la emergencia de nuevas vocaciones religiosas, se sitúan en el plano eclesial: la ignorancia de los elementos fundamentales de la fe, incluso entre los cristianos que practican normalmente; el hecho de que las palabras y gestos de la fe no son hoy evidentes por sí mismos, sino que deben siempre motivarse, (re)fundarse, justificarse; en fin el clima de cansancio y frustración que se respira en numerosas comunidades cristianas.

La misma pluralidad de espiritualidades, que ha marcado el periodo del desarrollo y la multiplicación de las órdenes y congregaciones en la época de la cristiandad, manifiesta ahora sus puntos débiles. Se muestra incapaz de ofrecer motivos a los que quisieran poner en práctica un *seguimiento* radical de Cristo. Descubren, en efecto, que las metas que persiguen se pueden lograr, con mayor eficiencia y sin obligación del celibato, con otras formas de trabajo y compromisos. Todo esto ha puesto en evidencia que la vida religiosa no es necesaria para encarnar ciertas formas de testimonio y de servicio en favor de los pobres y necesitados.

En lo referente al mundo de los jóvenes, hay que tener en cuenta la rápida mutación antropológica que ha creado una disimetría entre las obligaciones que conlleva la vida religiosa para buena parte y los deseos de los jóvenes. Basta pensar lo que vemos hoy en muchos jóvenes: la dificultad de elegir y de pensar que una opción sea definitiva, y la de perseverar y vivir una fidelidad. Se puede también notar además, su incompreensión ante la necesidad de una ascesis y renunciaciones, su necesidad de afirmación de sí mismos en el plano profesional y económico, su búsqueda a la vez de independencia y protección, su huida del sufrimiento y la fatiga, el descrédito para ellos del celibato y la castidad, no sólo por lo que difunden los medios de comunicación, sino también quizás por el énfasis con que los medios eclesiales enfatizan a la familia, en fin -y no es el menor elemento. El analfabetismo de la fe que hace necesita una catequesis elemental a los jóvenes aunque hayan frecuentado la Iglesia.

Es fácil comprender que todos estos datos hacen a la vida religiosa un tanto extraña, distante, poco fascinante a los ojos de los jóvenes. Y no debemos olvidar que estas Afragilidades juveniles@ hacen también extremadamente precario el camino de los que llegan a entrar en la vida religiosa. Los medios eclesiales y religiosos buscan hoy, tal vez angustiosamente, Apuntos de apoyo antropológicos@ para poder hablar a los jóvenes, esperar ser comprendidos por ellos, anunciarles el Evangelio y hacer de modo interesante a sus ojos el modelo de vida que presentan.

Pero si lo que acabo de decir tiene cierta plausibilidad y pertinencia, en primer lugar la misma vida religiosa se debe interrogarse ella misma. Probablemente es más interesante plantear buenas preguntas que multiplicar las respuestas o amontonarlas. La vida religiosa comporta, por lo menos, el nivel de la llamada a la *vida*, a la *fe* y en fin, a la *vida religiosa*

caracterizada de manera esencial en primer lugar por el *celibato* y la *vida comunitaria*, y luego por una *misión* particular. Desde aquí, los religiosos deben interrogarse acerca de la *vitalidad* de sus comunidades, sobre la *calidad de su fe* y sobre la radicalidad del *seguimiento de Cristo* que transparentan.

#### *a. La vitalidad*

Responder a una vocación significa decidir poner en juego toda su existencia, la única que tenemos, de una forma determinada. Ahora bien, *la vida es la que atrae a la vida*. Sólo una comunidad viva que muestre que el *seguimiento de Cristo* es vivificante y humanizante, que valore lo humano y las relaciones, puede esperar Aatraer vocaciones@. No ocurre eso en una comunidad de intelectuales, ni en un equipo de trabajo o un grupo de proyecto pastoral, ni tampoco en una comunidad muy anciana sin esperanza de futuro. Los religiosos, a mi modo de ver, tienen que hacer de su existencia *una vida buena, bella y feliz*, a ejemplo del mismo Jesús. Con frecuencia se subrayaba que la vida religiosa cristiana era *Abuena@*, según la voluntad de Dios: tal bondad se traduce en la oración, el bien hecho a los demás, siguiendo las enseñanzas de Cristo. Pero la vida de Jesús fue también bella y feliz. Los religiosos debieran preocuparse por hacer lo mismo.

)Brindan nuestras comunidades la posibilidad de compartir la amistad, o lo temen? ) Son capaces de vivir la fiesta en la sencillez? )Logran ese conocimiento admirado, contemplativo de la naturaleza? En una palabra, )Son capaces de convertir la vida de sus miembros en algo bello y feliz? Para poder preocuparse legítimamente del futuro de su comunidad, en primer lugar hay que verificar su calidad de vida y preguntarse si puede ofrecer un futuro a un joven que pide, con generosidad y también con ingenuidad, seguir radicalmente al Señor. La cuestión que podemos plantearnos sería la siguiente: )Qué promesa de vida puede ofrecer nuestra comunidad religiosa a un joven?

#### *b. La calidad de fe*

Con esta expresión no pretendo poner en duda la sinceridad de la fe de los religiosos, sino subrayar el hecho de que una comunidad religiosa debe ser hoy también una *escuela de formación a la fe*. El joven busca algo esencial, que toca sobre todo al dentro de la fe y no a prestaciones, obras particulares o diversos apostolados. *La llamada es la de seguir al Señor y vivir radicalmente el Evangelio*. Las formas con que esta llamada se traducen son secundarias. La formación específica de cada Instituto y de cada Orden debe completarse hoy con un trabajo fundamental de la fe del novicio, porque desgraciadamente la formación catequética en las parroquias con frecuencia es decepcionante. Y son numerosos los jóvenes que han recorrido itinerarios a distancia de la Iglesia, caminos que no se han beneficiado apenas de lo poco que han recibido los que siempre han practicado en la Iglesia.

La calidad de la fe implica también la calidad de la celebración de la fe, de la *liturgia*. El rostro de una comunidad se transparenta de modo eminente en la liturgia. La vida monástica, también afectada con los mismos problemas de las vocaciones del resto de la vida religiosa, halla en la liturgia -a la que se suele prestar una atención y mimo particulares- un lugar de atracción o por lo menos, de interés para los jóvenes, sin que esto resuelva los demás problemas importantes de los monasterios. Las comunidades religiosas deben ser lugar de fe sana y robusta, alimentada por las Escrituras y por la liturgia. Incluso si una comunidad habituada a sus devociones, por el gusto de lo espectacular, de lo taumatúrgico, de lo *Amilagroso@*, manifestado por el culto de la responsabilidad al responsable, atrajese numerosos miembros, no creo que fuese el buen camino a seguir.

### *c. La radicalidad del seguimiento*

La vida religiosa tiene un núcleo al que no puede renunciar: el seguimiento de Cristo en el celibato y en la vida de comunidad. La calidad de la vida comunitaria en particular es un testimonio decisivo que funda la credibilidad de una comunidad y manifiesta la realidad de una caridad y una fraternidad vividas. En la calidad de las relaciones comunitarias es donde el celibato, la pobreza y la obediencia manifiestan su belleza y revelan si la comunidad vive con amor, con *agape*, la radicalidad evangélica. Ahora bien, es evidente que un joven entrará más espontáneamente en una comunidad donde se sienta amado y donde percibe que podrá crecer en el amor. En un discurso del 20 noviembre de 1992, a los participantes de la Asamblea plenaria de la Congregación para Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, Juan Pablo II afirmaba: *La fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común*. Más aún, la renovación actual se caracteriza por una búsqueda de comunión y de comunidad. Para ello, la vida religiosa será tanto más significativa en cuanto logre mejor construir *Comunidades fraternas* en las que se busque a Dios y se le ame sobre todas las cosas, y al contrario, perderá su razón de ser cada vez que olvide esta dimensión del amor cristiano que construye una *pequeña familia de Dios* con los que han recibido la misma llamada. En la vida fraterna es preciso reflejar *la bondad de Dios nuestro Salvador* y su amor a todos los hombres (Tt 3,4), que se ha manifestado en *Jesucristo* (AAS 85 (1993) II, p. 903-906).

Al considerar las posibles causas del escaso número de vocaciones religiosas, nos hemos centrado en la comunidad religiosa y en sus elementos esenciales. Sería, en efecto, paradójico si la preocupación por *Atener vocaciones* hiciera perder de vista la vocación propia y esencial de una comunidad religiosa, llamada a ser ella misma, aunque estuviera a punto de morir. A este respecto, quisiera subrayar un hecho: En la vida religiosa, más que preocuparse únicamente de reclutar nuevos miembros, habría que prestar atención también a la presencia de los ancianos. En cierta medida, me atrevería a decir que su presencia es más importante que la de los jóvenes: pues testimonian una vida cristiana y la perseverancia vividas con calidad. Si faltan y si la vida no llega a mantener juntos a los que se habían comprometido por toda su existencia, ¿De qué radicalidad cristiana podría enorgullecerse tal comunidad? Sí, en la vida religiosa, los ancianos son prendas de la autenticidad de la vida que se ha llevado, es la que proporcionará siempre un futuro a la vida religiosa. Una comunidad constituye un ecosistema: de acuerdo a las leyes ecológicas, exige un núcleo dinámico y fiel, para que la vida se mantenga. Sin este núcleo, la vida tenderá a restringirse y las vocaciones serán cada vez más raras.

*2. A su juicio, ¿qué es lo que podría favorecer la entrada de jóvenes en la vida religiosa hoy? ¿Qué puede atraerlos (y les atrae) o no? ¿Qué tendría que decir a una Orden como la nuestra?*

En la Iglesia, se trata siempre de traducir las exigencias del Evangelio eterno a las contingencias de la historia. Cristo que *es el mismo ayer, hoy y siempre* (Heb 13,8), debe encontrar hombres y mujeres que sepan decir la palabra eterna de Dios en lenguajes comprensibles al hombre de hoy. Esta operación exige que se sepa conjugar la docilidad al Espíritu con la creatividad de la inteligencia; requiere *Asabiduría e inteligencia espiritual* (Col 1,9). La experiencia demuestra que la santidad personal de numerosos miembros de las comunidades religiosas no basta para que vuelvan a florecer las vocaciones. Es, más bien, el

carisma de uno u otro el que lo consigue, es decir la capacidad de una persona iluminada y prudente, que irradia y transmite vida sin acaparar a las personas, sino orientándolas hacia una respuesta libre a las exigencias del Evangelio. Esto es un don de Dios que el Espíritu suscita en su libertad. Y, sea lo que sea, aunque una comunidad tuviera que acabar, su plena razón de ser se encuentra en la santidad de las personas que allí han vivido, en el amor con que se han entregado y lo han dispensado, en la experiencia de Dios que han tenido.

No creo que se pueda responder de manera perentoria -sino con riesgos de presunción- a la cuestión de lo que puede favorecer la entrada de nuevas personas en la vida religiosa. Cada comunidad tiene su propia fisonomía y cada joven, su propia biografía, su propia búsqueda que es ante todo una búsqueda de sentido. Frente a la disolución del sentido que aparece en las sociedades secularizadas, la cuestión propia del hombre de hoy y del joven en particular, va *sobre el sentido* de su vida, sobre la dirección que debe dar a su existencia. Aunque a veces no se pueda expresar ni se formule verbalmente, esta cuestión es la que motiva la búsqueda de un joven. Y a responder a esta cuestión es a lo que está llamada una comunidad religiosa, a dar una orientación, una indicación. Por un paciente trabajo de atención y de escucha, y gracias a personas capaces de atención y escucha profundas, deberá detectar estas necesidades y ponerse al servicio de la búsqueda del joven. Si una comunidad no sabe ya descubrir los interrogantes que un joven lleva en sí mismo, nunca podrá dar a conocer una forma de vida donde el joven decida pasar su existencia entera.

El discurso acerca de la *calidad profética* de una comunidad se sitúa a este nivel. Si el profeta es el que manifiesta signos, la comunidad religiosa -si desea ser profética- está llamada a ser un signo y a vivir su vocación profética como *A*invencción de sentido@, como búsqueda, creación y donación de sentido. Los teóricos de la postmodernidad afirman que las cuestiones que se plantean, y que cada vez serán más numerosas, se refieren a la funcionabilidad y utilidad de las cosas, de las nociones y del saber: *A*)Para qué sirve? )Es eficaz? )Se puede vender?@, y no su verdad o su bondad: *A*)Es verdadero esto?@. La comunidad religiosa puede resistir esta tendencia tratando de ser un lugar en el que se vela por la cuestión del sentido y donde se transmite como un elemento que hace al hombre más humano. La profecía es histórica y utiliza siempre lenguajes diferentes, adquiere diversas configuraciones en las diversas situaciones históricas, culturales y geográficas. Pienso que hoy, en nuestros países y nuestras Iglesias, la profecía debe asumir la forma de invencción del sentido y que las comunidades religiosas deben vivir y transmitir la *fe como una* senda de sentido.

Naturalmente, la vida religiosa no es una agencia de satisfacción de las necesidades espirituales emergentes en la sociedad. Al contrario, debe vivir sencillamente su propia vocación. Pero dado que su vocación es histórica y se inserta en la Iglesia y en la sociedad humana, no puede desinteresarse de las necesidades de los hombres y mujeres de cada generación. Es esta *libertad* que vive la comunidad religiosa marcada por el *celibato* y esta *fuerza* que le confiere la *dimensión comunitaria*, la que le permite asumir la necesidad difusa de sentido y tratar de orientar la respuesta en dirección de la radicalidad cristiana.

La tarea profética de la comunidad religiosa se manifiesta también en su capacidad de llevar a la práctica la enseñanza de Cristo que nos *A*enseña a vivir@ (Tit 2,12), que imprime dirección, finalidad, sentido y belleza a la vida humana. Se trata de transmitir los símbolos y las claves hermenéuticas de la realidad, de recordar que el hombre es humano si continúa interrogándose sobre sí mismo, reflexionando sobre la muerte, aceptando como constitutivos los enigmas que descubre en sí mismo, reconociendo en el encuentro y la relación con el otro la belleza posible de la existencia, comprendiéndose a sí mismo como tarea a realizar. Por eso hay que valorar la dimensión sapiencial de la Escritura y la figura misma de Cristo, pues

Cristo es un motivo suficiente de vida, que hombres y mujeres pueden reunirse y vivir juntos una vida humanizada en nombre de Cristo, por su amor y por su causa.

Pienso que pueden presentarse nuevas vocaciones a la vida religiosa si ésta sabe evitar la fosilización en formas o esquemas inmutables, totalmente incomprensibles a los jóvenes habituados a la movilidad y la Afluidez@ (la Aliquidez@ de la que habla Zygmunt Bauman) de la vida actual. Pienso que un joven puede sentirse atraído por una comunidad religiosa cuando la descubre como un lugar donde puede experimentar el amor; donde su humanidad puede crecer y madurar; donde sus preguntas de sentido se reconocen, se acogen y encuentran respuestas creíbles y convincentes, es decir límpidas, sin duplicidad ni hipocresía, en el plano de las propuestas concretas de vida cristiana. Dichas propuestas deberán ser adecuadamente rigurosas y no edulcoradas.

En particular, creo que una comunidad religiosa puede adquirir una elocuencia que dejará transparentar el mensaje del Evangelio de modo sencillo y directo gracias a la *calidad humana de su vida común en el celibato*, dentro de una Iglesia superexpuesta en los medios de comunicación social, que se ocupa con demasiada frecuencia de las cosas ante últimas y que ha secularizado o moralizado su mensaje. Por eso la vida religiosa está llamada a esencializar el mensaje cristiano: no reduciéndolo, sino restituyéndolo a sus dimensiones verdaderamente inalienables y fundamentales. En el Babel de palabras y mensajes con que los jóvenes son hoy bombardeados, es importante que la vida religiosa sepa dirigirles la palabra sencilla, clara, sin equívocos, no confusa ni indistinta, capaz de dar una identidad, sin caer en la rigidez o esquematismo. A mi modo de ver, la elaboración de un mensaje claro y audible que pueda suscitar el deseo de una respuesta radical pasará por un trabajo que trate de encontrar *lo esencial* en el plano de la espiritualidad cristiana y los fundamentos básicos de la vida religiosa.

Sobre este punto, es evidente que uno de los caminos privilegiados es el que hace resonar la Palabra de Dios contenida en las Escrituras a través de un método de lectura que sepa ubicar el texto en relación con la vida (la *lectio divina*). Una vida religiosa que se presentará como una comunidad de personas situadas bajo el primado de la Palabra de Dios y viviendo una vida humana y humanizada en la caridad, será sin duda el mayor reclamo que pueda dirigirse a los jóvenes que buscan. Para ello es preciso que las comunidades religiosas asuman una actitud de profunda simpatía de lo humano y que crean -porque lo viven y experimentan- que el Evangelio puede orientar y dar plenitud de sentido a lo humano.

3. *En definitiva, ¿Qué pastoral vocacional debemos considerar, y si tal pastoral es aún pertinente?*

Lo que mejor puede ayudar a discernir las vocaciones, y eventualmente también a interpelar y llamar a las personas a la vida religiosa, es un trabajo de *acompañamiento espiritual*. Este trabajo, que comprende la escucha de la persona, la atención a sus problemas humanos (psicológicos, afectivos, sexuales...), y el ejercicio de una paternidad espiritual, está a la medida de constituir este acontecimiento vital que abre a un joven y ante él la posibilidad de un camino de radicalidad cristiana. En este acompañamiento espiritual existe una relación humana dentro de la cual podrá nacer de modo real el itinerario de un *seguimiento de Cristo* en una vida religiosa. El encuentro entre una libertad personal y una forma de vida religiosa determinada hará brotar la llamada, o dicho de otro modo, este encuentro constituye el marco dentro del cual el Espíritu Santo puede suscitar la llamada, como un acontecimiento de Dios en la historia humana, y que orienta el deseo profundo en el sentido de un don total de la vida al Señor.

Desde esta perspectiva resulta un tanto delicado afirmar que una Apastoral vocacional@ sería el elemento más indicado para resolver el problema de falta de vocaciones. Si, de acuerdo a la definición del *Diccionario de pastoral de las vocaciones* italiano, esta pastoral constituye Ala acción mediadora de toda la comunidad cristiana entre Dios que llama y los que son llamados, para que los dones de guía y los carismas concedidos por el Espíritu santo se acojan con generosa disponibilidad@, no se ve bien en que se distingue esta pastoral de la acción eclesial sin más, tal como se expresa en la liturgia y los sacramentos, la catequesis, la predicación y el testimonio. Considerado desde este modo de ver, *la mejor pastoral de vocaciones es la que desarrolla una comunidad cristiana cuando vive lo esencial de la fe.*

Por lo demás, en toda comunidad religiosa se manifiesta normalmente la heterogeneidad de los caminos espirituales personales de los miembros de la comunidad. En este terreno, la libertad del Espíritu Santo es soberana. Las vicisitudes Avocacionales@ de los principales Padres del desierto son aleccionadoras a este respecto.: mientras que Antonio proviene de una familia cristiana y practicante, Dositeo de Gaza llevó una juventud inquieta en los placeres, muy alejada de cualquier formación cristiana. Incluso la necesidad, o incluso el miedo, pueden encontrarse en el origen de una radicalidad cristiana que podrá llegar a ser ejemplar por su santidad. Es el caso de abba Moisés que llegó a ser un famoso Padre del desierto quien llegó a la vida monástica por miedo de evitar la pena capital a causa de un homicidio que había cometido.

Así, más que trazar aquí una estrategia pastoral que favoreciera las vocaciones religiosas, es mejor indicar algunos puntos en los que fijar la atención y a los que hay que dar prioridad en el trabajo de discernimiento y acompañamiento de los jóvenes.

- *Atención a lo humano*, ayudando al joven a leerse, a dialogar consigo mismo, a iniciarse en una vida interior, a pensar, a escucharse, a ejercitar su voluntad.

- *Atención en el campo afectivo, relacional y sexual*, sabiendo que es el terreno de la persona más vulnerable, y que exige una acogida *profunda* y radical.

- *Atención a las fragilidades psicológicas*, para comprender si la persona manifiesta elementos patológicos o simplemente debilidades superables.

- *Atención al deseo profundo de la persona*, en particular, a su sed de ponerse al seguimiento de Cristo, a su amor por la Palabra de Dios, a su deseo de oración.

- En fin, el arte de *evaluar* a la persona que se presenta *sus actitudes* para asumir el celibato y la vida comunitaria, condiciones indispensables a la vida religiosa.

Resumiendo, es necesario que se desarrolle en las Iglesias locales el carisma de la paternidad espiritual, favoreciendo la emergencia de personas capaces de un ministerio tan delicado, es decir de personas que confíen en la vida religiosa, la comprendan, la estimen, y osen manifestarla como una forma posible de vida permitiendo vivir un deseo de radicalidad cristiana.

Sería también importante que aquellos o aquellas que en una comunidad religiosa tienen contacto con los jóvenes, por ejemplo cuando imparten charlas o meditaciones, sepan igualmente *osar llamar*. La tradición monástica ha desarrollado una actitud que tiende a desanimar a los candidatos haciéndoles esperar a la puerta, no concediéndoles fácilmente la entrada en el monasterio, poniendo a prueba su paciencia y humildad; pero también ha sabido invitar y acoger con dulzura.

Ciertamente, si una comunidad manifiesta el deseo de candidatos sólo por la angustia ante su final, o si si manifiesta como un lugar donde el joven podrá encontrar un empleo que le permita desarrollar sus cualidades, su actitud desanimará totalmente y espantará al

candidato con intenciones serias en su búsqueda de radicalidad cristiana. Si, por el contrario, con libertad, sabe manifestar el interés por la persona, su actitud podrá actuar de manera muy positiva. Cuando, en el marco de una relación personal de acompañamiento, aparecen en un joven elementos esenciales que pueden mantener una vida religiosa, el acompañamiento espiritual podrá explicitar la llamada, y llevar al joven a confrontarse con una posibilidad que tiene en sí mismo, y que nunca se había atrevido a tomarla en consideración si se le dejase solo.

Se trata de dejar entrever esta posibilidad, de encender una luz, de indicar un camino. En definitiva, se trata de solicitar una libertad, y le toca a esta libertad tomar una decisión.

***Fr. Enzo Bianchi, prior***

*Monastero di Bose*

*IT - 13887 Magnano BI.*

*bose@monasterodibose.it*

*Traducción de José Luis Monge, ocsa.*

